

Isabel se fijó en el brigadier y dijo:

—Mi padre!

El viejo gritó:

—¡Mi hija! ¡este vándalo es el raptor! y descargó sobre Guilebaldo su muleta.

—¡Lo dije! exclamó Felipe Cuevas, ya ese cafre hizo una segunda edición del muletazo con que me regaló la noche del rapto.

Guilebaldo se sintió herido en un homóplato, entonces el mancebo intrépido se lanzó como un búfalo sobre el inválido, jurando arrancarle las orejas á lo que primero le viniera á las manos.

Isabel tiró á Guilebaldo de los inmensos faldones de una levita colosal que había estrenado la noche de su boda, y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Detente! ¡detente! ¡es mi padre!

—¡Suéltame la cola! ¡suéltame la cola! clamaba Guilebaldo, forcejeando como un gallo en los primeros careos.

La autoridad tomó parte en la reyerta, los estudiantes de la galería palmoteaban, las señoras de los palcos se levantaban asustadas, las viejas creían que los franceses atacaban el teatro, y la confusión más grande comenzaba á reinar en todos los departamentos.

La policía sacó en son de guerra á los beligerantes, y el inválido Torre-Mellada, después de una larga explicación, reconoció á su yerno en presencia de las linternas de colores, en medio de la policía y la turba de curiosos y bajo el pórtico del Teatro Principal de Zaragoza.

X.

En los momentos del desorden, el caballero que permanecía embozado en el fondo del palco, se descubrió precisamente cuando Eloisa dirigía sus brújulas hacia ese lado.

Instintivamente la señorita Amalia Brown volvió su mirada al mismo punto, ambas reconocieron al personaje y dieron un grito simultáneo.

El embozado desapareció, y el estudiante Mondoñedo dijo irritado.

—Vamos, que esa gente ha asustado á las señoras, es necesario tranquilizarse, todo ha concluído ya.

Doña Blanca y Eloisa se buscaron con la mirada interrogándose sobre aquella casualidad.

Aquellas dos almas se encontraron de granito, bajo la armadura invulnerable del disimulo.

CAPITULO IV.

DE COMO PUEDEN IR DOS ALMAS SOBRE LA MISMA HUELLA.

I.

Las fiestas de la patria habían terminado, las tropas ya éían entregadas al descanso en sus cuarteles, y uno que otro grupo de transeúntes atravesaba por las calles en son de retirada.

Las lámparas de los balcones y las luminarias se iban extinguendo, recobrando las sombras de la noche, su imperio sobre el campo y la ciudad.

A lo largo de la calle de Mercaderes se paseaban dos oficiales, mientras que un embozado yacía oculto en el dintel del zaguán frente á la casa del señor Mons y totalmente envuelto en la obscuridad.

—Usted siempre triste, mi comandante.

—Es mi carácter, capitán Martínez.

—Cuando nos conocimos estaba usted alegre como una golondrina y no había en su frente esa palidez, puede ser que esté usted malo del hígado.

El comandante no pudo menos que reírse de la ocurrencia.

—El palco en que estaba usted era un cielo, señor comandante, esa extranjerita y Eloisa eran lo más lindo de la concurrencia; cuando las ví entrar me quedé con la boca abierta; si he sido tiburón, me las trago.

—Sí, las dos son bonitas.

—Como dos perlas. Y usted, ¿á quién prefiere de las dos?

—¡Silencio! dijo Mondoñedo, no hable usted así; podrían oírle, y.....

—¿Y qué me importa? lo digo ahora, lo gritaría en medio de la plaza y desde la periguera donde se subió el señor poeta á echar su parangón.

—No sea usted imprudente, capitán.

—Yo creía verlo á usted apasionado cuando menos de las dos, lo hallo tímido como una tórtola, ¡canario! si la mujer de las facciones del señor Mons es su hija: vamos, que me hicieron gracia las dos palomas, vea usted qué casualidad, ellas que ven para el pretorio de enfrente, y que gritan al mis-

mo tiempo ¡por el rabo de Satanás que se espantaron con el embozado!

—¿Que que ha dicho usted, capitán?

—Nada, lo que he visto y nada más.

—Este hombre no se equivoca pensó Mondoñedo, y luego prosiguió en voz alta; pero esa es una equivocación de usted, mi capitán.

—Por la berruga de mi abuela, que es tan cierto como que hoy me ha puesto *papá* Benito esta cruz en el pecho; ¡y qué manos tan lindas tenía la esposa del ministro de la guerra! vea usted, mi comandante, me dieron ganas de.....insisto en mi idea de transformarme en tiburón.

—¿Dice usted que las dos vieron á la vez al embozado?

—Lo afirmo y que yo también le he hecho ojo.

—¡Capitán! las señas al momento.

—Cualquiera diría que se enojaba usted.

—No; pero es el caso que deseo saber todo, todo de una vez.

—¿Está usted celoso, no es eso?

—Sí; pero eso no importa, hable usted, por compasión.

—Pues el embozado tiene una barba negra y uno cabellera tirada hacia atrás como la melena del león, es guapo, sus ojos brillaron un instante, y zás; se acabó el cuento, porque el caballero se filtró por la puerta, yo me salí á arreglar la cuestión de Guilebaldo.

—¡El es! exclamó el estudiante con desesperación.

—¿Quien? ¡ha! sí, Guilebaldo, bien lo decía yo alguna desgracia te va suceder con ese pitifraque ó cuchupeta, no sabes andar con chaqueta de faldas, eso está bueno para los señores; dicho y hecho, el *sorbete* atrajo la tempestad de garrotazos, que á no ser porque resultó prójimo cercano del viejo, pasa al hospital en calidad de contuso; vea usted lo que son las cosas, los suegros husmean al yerno, se necesita muy buen olfato para entresacar de tanta concurrencia al marido de la hija, y á darle esa zurribamba de muletazos; yo, si me casara, le pondría por condición á mi novia que nunca hubiera tenido padre, y madre mucho menos; porque las suegras son capaces de tirar de la cola á Barrabás, como Isabelita hizo con los faldones de su esposo. Yo me reía á carcajadas; él de la pata tiesa se volvió un basilisco; pero eso sí, se enterneció junto al pilar del teatro luego que supo lo del casamiento, y como la niña ya.....es decir.....como quien dice que es semiabuelo el inválido, esto ablanda á las peñas; porque como dijo el otro, se quieren más á los nietos.....

—No hay duda, murmuraba Mondoñedo, ese hombre ha tenido la avilantez de presentarse en nuestro campo; dar aviso es una villanía; pero yo siento que me ahogo.

—Las dos de la mañana, mi comandante, voy á tomar el último trago y dormiremos un rato.

El estudiante tendió su mano al capitán Martínez, que echó calle adelante silbando la popular canción de los *cangrejos*.

II.

El estudiante se quedó profundamente pensativo, la linterna mágica de sus recuerdos tornaba á girar delante de su pensamiento, y su alma era una tormenta sin relámpagos, toda sombra y obscuridad.

Aquellas dos mujeres se disputaban su corazón en la lucha siempre terrible del espíritu.

Recordaba la dulce melancolía de Eloisa, ese candor angelical de su mirada, la altiva dignidad de su apostura, el acento apacible de su voz y aquella hermosura deslumbradora que la hacía aparecer como una imágen del paraíso; entonces se sentía apasionado, profundamente apasionado de aquella mujer, último destello en el caos denso de su vida. Eloisa era la postrer esperanza en su naufragio, la estrella que debía preceder á su destino.

El infeliz joven le pedía al cielo que Don Fernando insistiera en los amores de Doña Blanca, que se olvidase de Eloisa, que huyera para siempre con la Montemolín, y no le inquietase en su soñada y pretendida felicidad.

Después su pensamiento lo arrebatava de aquel cielo purísimo de dicha y lo transportaba á la presencia de la joven aventurera.

Contemplaba aquella fisonomía siniestramente majestuosa, aquella mirada eléctrica y poderosa, aquella frente donde se adivinaba una diadema invisible, aquel labio desdeñoso y aquel acento vibrante y sonoro como la voz del ángel de las venganzas.

¿Cómo dejar que el conde se llevase ese tesoro en el torrente de su vida romancesca y de conquista?.....Los celos combatían el alma del estudiante azotándola sin misericordia.

No era el fenómeno de un amor compartido por igual entre dos seres, era la envidia á un hombre afortunado, la vacilación del orgullo, la avidez de poseer el cariño de aquellas dos almas como quien ambiciona glorias militares.

El joven veía más hermosa á la que creía perder, y el desgraciado no comprendía que estaba entre la muerte y el precipicio.

Trastornado su espíritu, su imaginación extraviada en el mundo desconocido de lo imposible, el vértigo estaba apoderado de su existencia ¡pobre corazón humano! barca miserable en los mares inquietos de la vida, juguete del viento y de las olas, va sobre la superficie de un abismo donde se refleja el cielo y se esconde en el vértice del infinito.

Dentro de aquel cerebro se agitaba un mundo á la extraña luz de la fascinación.

Luego que el juicio tiraba por la senda de lo irrealizable, el corazón se desprendía de la cadena y paralizaba sus latidos.

A fuerza de pensar se agotó la oleada candente de las ideas y la abstracción reemplazó con su fijeza el torbellino de la fiebre.

Los ojos del estudiante vagaron en torno, su frente sintió el hielo del viento, y aquel hombre dirigió sus pasos en busca del sueño y del reposo.

El cerebro había hecho su erupción y la calma tornaba como una sombra á dar paz al espíritu en la pesada atmósfera de la atonía.

Caminaba el estudiante en dirección á la casa de su alojamiento, cuando el crugir de una vidriera lo sacó de sus contemplaciones.

Levantó la cara y vió que el balcón de la cámara de Doña Blanca se abría y que un bulto de mujer apareció en el dintel.

Recatóse Mondoñedo para observar.

El bulto agitó un lienzo blanco; entonces, de la sombra que caía en la acera de enfrente se desprendió un embozado, y atravesando la calle se acercó al zaguán, que cediendo á un leve impulso, se abrió dando paso al caballero.

La sangre se agolpó al cerebro del estudiante y sus ojos se fijaron en la puerta que acababa de tragarse al embozado.

Vaciló algunos momentos sobre el partido que debiera tomar, el sentimiento del orgullo se enseñoreó en su corazón, puso mano á una de sus pistolas y se dirigió resueltamente á la casa de Doña Blanca.

III.

Eloisa Mons había visto por casualidad á Don Fernando en los momentos en que éste se mostraba á Doña Blanca.]

La enamorada joven creyó que su prometido, arriesgando la vida por darla satisfacción, había abandonado su campo

y venía á echarse á sus pies y pedirle perdón, y explicarle su conducta tan misteriosa hasta entonces.

Tornó bajo este prisma encantador á soñar en el mundo de sus amores y de sus esperanzas, volvió á llamar á la imágen de sus ilusiones, la acarició con el entusiasmo de su pureza y la exaltación intensa de su candor.

La luz del amor centelleaba en sus pupilas, sus mejillas se colocaban á los primeros rayos de aquel sol radiante que aparecía tras de la noche oscura de sus dolores.

Eloisa se transformaba en un ángel de cariño, la sonrisa estrechaba su labio, y su seno palpitaba emocionado.

En el silencio de la noche y tras la vidriera de su balcón, esperaba el momento en que Don Fernando apareciese, por que estaba segura de que vendría.

Calculaba Eloisa que su amante solicitaría una entrevista antes de hablar con el señor Mons, y estaba dispuesta á concedérsela.

Las horas pasaban y la calle permanecía en silencio.

Los goznes de la vidriera inmediata crugieron, y el roce de un traje se dejó sentir en los barandales.

Eloisa se estremeció.

Abrió con el mayor cuidado la puerta vidriera de su aposento, y se puso jadeante de emoción en acecho de lo que pasaba.

Vió que su huésped la señorita Amalia Brown agitaba su pañuelo.

Una sospecha terrible cruzó como un relámpago por el cerebro de la joven.

Lanzó sus miradas á la obscuridad de la calle, y percibió perfectamente al embozado que atravesó en dirección al zaguán.

Doña Blanca no pudo ver á Mondoñedo, ni apercibirse de que en el próximo balcón no le perdía movimiento su rival.

IV

Luego que la familia Mons abandonó el teatro, se acercó á Doña Blanca entre el bullicio de la gente un hombre y deslizó en su mano un billete.

Eloisa, con la ilusión de ver á D. Fernando, trató de separarse de su amiga.

Doña Blanca apresuró esta despedida y se entró en su aposento.

Sin quitarse los atavíos de fiesta, se acercó ansiosa á la bujía, abrió el billete, y leyó para sí:

“Señora, si permitís al hombre que os ama, arrojarse á vuestros pies solicitando el perdón de faltas involuntarias, de las cuales no más culpo al destino, estaré toda la noche al frente de vuestros balcones esperando una sólo palabra que me vuelva la calma al corazón. ¡Adiós!.—Vuestro FERNANDO.”

Quedóse la joven profundamente pensativa: después comenzó á quitarse los atavíos, y conservando esa belleza tan arrebatadora que presenta una mujer al regreso de un sarao, cuando su semblante se vela con las primeras sombras del cansancio y del romanticismo.

Doña Blanca, que por razones de familia sabía cuán lejos se hallaba del hombre de su amor, se sentía arrebatada por aquel imposible; quería subyugar al destino, renunciar voluntariamente á su cariño, y no ceder el triunfo á una *razón de Estado*.

Entregada á sus ilusiones de ambición y de grandeza, su amor parecía extinguirse en el fondo de su corazón con la ausencia de Don Fernando; pero al verle bajo el prisma del arrojamiento y del peligro, sintió renacer su amor y esperó resueltamente al aventurero.

Aguardó á que se entrase la noche, y con ella el sosiego, no sin meditar detenidamente la manera con qué explotaría en favor de sus miras, los amores de Don Fernando.

Doña Blanca era hábil, capaz de sacar partido de cualquier situación, y esa noche se proponía avanzar algo en el camino por el que adelantaba en medio de tanta contrariedad.

La joven soñaba aún en la candidatura del príncipe Don Juan, cuando la Francia apoyaba decididamente al Archiducado de Austria, esperando siempre algo por el lado del Rin, en ese cange perpetuo de los soberanos que disponen de vidas y haciendas.

V.

Las dos de la mañana sonaron en los relojes de la ciudad.

Alzóse la condesa, abrió cuidadosamente el balcón, agitó su pañuelo, y Don Fernando, que era atrevido, se llegó á la puerta de la casa, que cedió á un pequeño esfuerzo, se entró en el patio, y subió la escalera donde lo esperaba la condesa.

—Seguidme, dijo en voz baja Doña Blanca.

D. Fernando no respondió, pero se echó á andar precedido por su guía.

A los pocos momentos se encontraba el galán en la estancia de la condesa.

Doña Blanca estaba intensamente pálida; sus miradas se fijaban en el semblante profundamente triste del conde.

D. Fernando permanecía de pié, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, y sus ojos viendo al soslayo.

—¡Hablad, caballero!

—Es tanta mi emoción, señora, que apenas puedo dirigir la palabra; no sé qué decir, ni cómo explicaros una conducta tan.....

—Dígalo usted de una vez, caballero, tan descortés y tan infame.

—Todas las recriminaciones que me podáis hacer, yo me las he hecho de antemano; sé que no merezco el perdón, que he ofendido al más noble de los corazones, que he arrancado lágrimas á unos ojos que jamás debieron empañarse.

—¿Y Eloisa, caballero?

La vidriera de la ventana que daba á los corredores se estremeció.

❶ D. Fernando volvió con inquietud la cabeza.

—Es el viento, murmuró la Montemolín.

Volvieron ambos á quedar en silencio.

—Demos fin á una situación tan desesperada; vos sabéis, señora, que os amo, que mi cariño no ha conocido límites, y....

—Y que os ibais á casar con la Srita. Mons, si yo imprudentemente no os hubiera detenido en mi casa.

La vidriera volvió á crujir con más fuerza.

—Sí, D. Fernando, me arrepiento; yo debía haberos entregado á vuestro destino; Eloisa es bella, su virtud es la de un ángel.

—Sí, pero yo no la amo.

—Callad, caballero, á esa criatura no puede vérsela sin sentir en el corazón un rayo de simpatía, y vos visitábais á la Srita. Mons, estábais en su intimidad, gozábais del aliento seductor de sus amores, y acaso sin pensar la habeis amado; conozco vuestro corazón y la susceptibilidad de vuestro carácter.

—Te engañas, dijo D. Fernando arrodillándose á los piés de Doña Blanca; yo no sé amar si no á tí, e ¡ya influencia domina mi espíritu, á tí, cuya existencia envuelta en las vicisitudes del destino, se manifiesta tan grande y tan serena..... Sí Blanca, yo te amo con una pasión violenta no sentida jamás en mi alma; te he encontrado en el camino tortuoso de la vida y siento que hay algo de fatalismo en este amor que me devora.. Tu imágen no me ha abandonado un solo instante; solo, siempre solo en este torbellino que nos envuelve, tú has sido mi única esperanza, la sola ilusión de mi alma intranquila y pesadosa..... Y soy extranjero en mi misma patria y estoy en

las filas del anatema; yo podía haberme separado de este camino, pero sentí tus pisadas, te ví comprometida en una causa, y me he decidido á seguir, más bien por tí, que por lo que personalmente pudiera interesarme.

Doña Blanca comenzaba á influenciarse con las palabras de aquel hombre, que tocaban los dos resortes más terribles de su alma, el amor y la ambición.

—Oyeme, Blanca mía, continuó el aventurero, tomando una mano á la condesa, que abandonó entre las de su amante, hay mucho de heroísmo en este amor que te consagro; luchó y lucharé hasta el fin porque el rey D. Juan se sienta en el trono de México, y sé ciertamente que ese día es el de nuestra separación; pero yo debo sacrificarme por tí, por tí que eres mi existencia.... en la hora suprema de tu dicha, yo seré el ser desgraciado, el pobre ser escarnecido y vilipendiado; porque tú no podrás ser nunca mi esposa, ¿no es verdad?

La Condesa inclinó la frente y comenzó á verter sus lágrimas en silencio.

—Sí, entonces, continuó exaltado Don Fernando, yo huiré de tí, y tú, rodeada de todas las seducciones de la corte, en medio de ese brillo y esplendor á que estás predestinada, te olvidarás hasta de mi existencia!.... No, no importa, dijo cada vez más exaltado el Conde, yo sé sufrir, esa ha sido mi escuela, y si el aliento me faltara, entonces me sobraría el valor para darme la muerte dejándote en el mundo de la felicidad!

—¡Pero lo que decís es espantoso!

—No he podido resistir á la idea de vuestro enojo; y he venido al campo de mis enemigos, de un momento á otro puedo ser denunciado y muerto á vuestros ojos.

—No, yo no resistiría ese espectáculo, huid, Don Fernando huid, por compasión.

—Blanca, estoy á tus piés, te he abierto mi corazón, en cambio necesito una palabra de tus labios, una sola esperanza, una frase de olvido y de misericordia.

—Vos lo habéis dicho, Conde, estamos separados por un mar insondable.

—Yo te acuso á mi vez de engaño; si ya sabías que nuestra existencia no podía caminar sobre una misma huella, ¿á qué decirme que me amabas, á qué alentar mis esperanzas y despertar en mi corazón la fiebre terrible de una pasión inmensa?

Un gemido sordo se dejó escuchar tras la ventana; pero que no fué escuchado por el Conde ni Doña Blanca.

—Sí, todo era un sueño que tenía por perspectiva una realidad espantosa; si tras la sonrisa del ángel se escondía la mirada de Satanás, y el abismo sin fondo de la desesperación, ¿á

qué lanzar á un hombre que nada os había hecho sino amaros hasta la locura?

—Es cierto, es cierto! gritó la condesa deshecha en lágrimas.

—Entonces, señora, á qué recriminar mi conducta, á qué lanzar ese anatema horrible sobre mi existencia?... oídme, todo ha pasado ya: sé que nada tengo que esperar, nada, sino la muerte que está en torno mío hace mucho tiempo..... vais á saber los últimos pasos de mi vida, os vais á estremecer como una hoja al soplo del huracán, vais á tenerme horror, porque mis palabras abrirán el abismo sin fondo que va á mediar entre los dos.

La Condesa posó su mirada en la torva frente del aventurero.

—Yo, continuó Don Fernando, tomando asiento al lado de Doña Blanca, he llevado una juventud tormentosa y llena de azares, el ímpetu de mi carácter se hizo sentir en mis primeros duelos, en que la sangre ha corrido por la hoja de mi espada; entonces el honor escudaba al asesinato, la sociedad aplaudía, y yo era el hombre de moda, el héroe del crimen!..... cansado de vivir entre la crápula del ejército, humillado por la ruina de una fortuna colossal despilfarrada en las veladas de la disipación y del juego, entré en ese torbellino de la *intervención*, como el último puerto de mis burladas esperanzas, os encontré á mi paso y entonces mi destino se hizo más sombrío, os juzgué como á un ser á quien debía de abandonar para arrojarme á la tabla de salvación en mi naufragio, y pedí resueltamente la mano de la señorita Mons.

—Todo lo sé, caballero, callad si no queréis hacerme morir de desesperación.

—Hasta ahora Doña Blanca, todo puede pasar por una aventura más ó menos romanesca, pero yo he ido hasta la fatalidad.

—¿Aun hay más todavía? preguntó asustada la Condesa.

—Sí, yo he resbalado en el fango del crimen, y el terrible incendio de San Andrés fué levantado por mi propia mano.

—Pero esto es horrible, yo no lo había creído cuando Wask me lo ha asegurado.

—Wask me vendía, pensó Don Fernando, y luego continuó con la concentración del despecho: sí, yo me delato ante voz, señora, como un criminal!.....

La Condesa sintió, al mismo tiempo que un terror profundo por aquel hombre, que había algo que la ataba al ser déforme el objeto de su entrañable amor.

—Señora, continuó el Conde con acento conmovido, la expiación ha comenzado, los fantasmas del remordimiento se destacan en el fondo obscuro de mi conciencia.....sé que la mal-

dición de Dios está sobre mí, y que tarde ó temprano caerá ese rayo vengador de la justicia divina

Estremecióse Doña Blanca, y una agitación mortal discurrió por todos sus miembros.

—Sí, dijo Don Fernando, todos los días se ahonda más y más el abismo á cuya cima estoy suspendido.....la felicidad ha huido como una sombra, el iris se ha tornado en una faja oscura que me envuelve como una mortaja.....yo siento que se levanta dentro de mí algo que me acusa, y mi corazón se oprime dolorosamente y mis lágrimas acuden como una lluvia de fuego á mis párpados calenturientos.....¡tened compasión!.....¡prófugo entre los hombres y amenazado por la cólera del cielo, no sé lo que va á ser de mí!

El Conde inclinó su cabeza y llevó las manos á sus ojos para enjugar el llanto que en turbias gotas se desprendía de sus pupilas candentes.

Doña Blanca sintió amor y compasión por aquel hombre, y en un arrebato de entusiasmo frenético, tomó la cabeza de su amante é imprimió un beso en la pálida frente del aventurero.

Como si el infierno hubiera respondido al ruido seco de aquel beso profano, se oyó un alarido en la parte de afuera de la estancia, voces y pasos que se alejaban.

Doña Blanca mató la luz y salió osadamente á los corredores.

Todo estaba desierto.

Entonces tendió su mano al Conde, que la besó respetuosamente.

—Adiós, señora, dijo Don Fernando, hasta la eternidad.

—Adiós, murmuró Doña Blanca, y cayó sin sentido como si la muerte la hubiese herido de súbito en aquellos momentos

VI.

Eloísa se había apercibido de las señas de Doña Blanca al Conde del Jaral, y de la presencia de su antiguo novio en la estancia de la Condesa.

Profundamente celosa, siguió á Don Fernando y se puso en acecho de los amantes, viendo tras de los cristales de la ventana la escena que acabamos de describir.

Mondoñedo siguió á la vez á su rival, quiso espiar por la ventana y se encontró con Eloísa.

—¿Qué hacéis aquí, señora?

—No lo sé, respondió Eloísa con voz trémula ¿y vos, caballero?

—Vengo en pos de la venganza.

—A ella acudo en este momento; no satisfecho ese hombre con haberme escupido al rostro, hoy, caballero en mi propia casa tiene cita con una mujer.

—¿Y vos no la conocéis?

—No, no la conozco.

—Pues alejaos en nombre del cielo, de este sitio.

—No retrocederé un solo paso.

—Yo me encargo de vengaros.

—¡Silencio!.....esa palabra me horroriza no obstante, quiero ver por mis propios ojos hasta dónde llega la avilantez de ese hombre.

—Vais á saber secretos terribles.

—Y que me importa si ya sé cuanto pueda labrar la desgracia de toda mi existencia.

—Podrías arrepentiros, retiraos, vuestra alma no está acostumbrada á estas luchas terribles.

—Ya estoy familiarizada con el dolor, y un golpe no acobarda mi espíritu.

—Sea, pues que vos lo deseais.

Aquellos dos siniestros espectadores pegaron sus rostros á los cristales, y fijos y terribles é inmóviles, no perdían una sola palabra ni el movimiento más insignificante.

Cuando Eloísa escuchó la trama infernal del Conde y se enteró del secreto de su enlace, creyó morir de angustia.

Mondoñedo, en presencia del amor de aquel hombre y aquella mujer, estaba desfallecido; pero al oír de labios de aquel aventurero su historia de crímenes horrendos, quiso matar al Conde, aplastar aquella víbora rabiosa que aún podía causar males inmensos.

Eloísa estaba impresionada por el relato infernal del aventurero, sintió horror por el hombre único á quien había consagrado el amor de su existencia, comprendió que nada podía mediar entre los dos después de aquellas revelaciones siniestras; pero quiso apurar hasta la última gota del acíbar.

Oía todo sin comprender, escuchaba nombres de personajes que le eran totalmente desconocidos, y no podía saber definitivamente quien era aquella rival presentada bajo una faz tan alta y misteriosa.

Tuvo miedo de todo aquel misterio que la circundaba, quería preguntar á Mondoñedo; pero fija su mirada en la escena y absorto su espíritu, no podía aventurar una palabra.

Cuando la Condesa tomó entre sus manos la cabeza del Conde é imprimió un beso en aquella frente sombría y apagada, Eloísa sacudió convulsivamente las verjas de hierro de la

ventana, Mondoñedo rugió celoso como un tigre herido y amartilló su pistola.

—¿Que haceis? dijo asustada Eloisa.

—Dejadme, dejadme, es preciso que ese hombre muera!.....

Eloisa se arrojó al brazo del estudiante, asiéndose del arma preparada.

—¡Que me solteis! gritó Mondoñedo.

—¡Ese beso es su sentencia! exclamó rabioso el estudiante.

Eloisa, con ese vigor que se despierta en la constitución nerviosa de la mujer cuando se desencadena momentáneamente el despecho, asió al joven y lo arrastró hasta ponerlo en la puerta de su aposento.

El Conde atravesó como un fantasma delante de Eloisa, que se pegó al dintel huyendo al contacto de aquel hombre siniestro.

CAPITULO V.

DEL PARTISU QUE LE ABRE EL AUTOR DE ESTE LIBRO PARA DECIR ALGO SOBRE EL JEFE SUPREMO.

I

El general Forey, nombrado comandante en jefe de la expedición después de la derrota del 5 de Mayo, llegó á Veracruz con un tren inmenso de guerra y tropas de desembarcos, para llevar adelante la empresa de Napoleón III.

La Francia enviaba sus mejores tropas para lavar en lo posible la mancha imborrable de su bandera.

Todo anunciaba, un pronto cataclismo, y la nube crecía y se condensaba, y aparecía el horizonte como un manto de muerte que se iba extendiendo en el cielo de la República.

El viejo general Forey, aquel veterano que hizo la *veteranada* de esconderse durante el asalto de la torre de Malakof, era el caballo de batalla de Napoleón III, para llevar adelante su malhadada empresa.

Llegó, como decíamos, á la ciudad heroica, donde fué recibido como el Mesías, porque la situación de Laurencez era punto menos que insostenible; el infeliz derrotado de Puebla fué relevado del mando por Forey, declarado loco por el ejército, silbado por el pueblo; decididamente no era envidiable el estado de ese militar francés.

Forey, huyendo de la zona del vómito pasó á Orizaba, no sin dejar en el puerto tres ó cuatro proclamas que nadie quiere recordar.

Llegó el veteranísimo á la ciudad mencionada, donde se le hizo un gran recibimiento por el gobierno del jefe supremo, que en gran tren y seguido de su *ministerio*, dió la bienvenida al general, este excelentísimo señor, en prueba de fraternidad, y como una muestra de lo que los mexicanos intervencionistas podían esperar de la Francia, espetó el siguiente decreto que le supo á acibar al jefe supremo:

El general en jefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano, y en particular á los habitantes de Veracruz, según la disposición que hemos recibido, que el gobierno instituido por el señor general Almonte, sin el concurso de la nación, no tiene de ninguna manera la aprobación de la intervención francesa, y que el general Almonte tendrá que:

1.º Disolver el ministerio que creó.

2.º Absteneres de dictar ninguna ley ó decreto, y

3.º Dejar el dictado que indebidamente tomó de jefe supremo de la nación, concretándose en lo sucesivo del modo más perentorio á las instrucciones dadas por el emperador para proceder en lo posible con los otros generales mexicanos acogidos á la bandera francesa, á la organización del ejército mexicano, que obrará solamente bajo nuestras órdenes.—FOREY.—Veracruz, 4 de Septiembre de 1862."

Conciso era el general Forey, pero incisivo en extremo.

Jefe supremo, ministerio, empleados, generales, decretos, circulares y grandes sellos, todo desapareció de la carpeta política, voló, echo átomos se pulverizó, quedando en pie una docena de infortunados en el cadalso de la vergüenza.

Los sentimientos *patrióticos* de Almonte y su camarilla; los obligaron como á Don Simplicio, á renunciar generosamente á sus sueños de gobierno, y á quedar de *caballeros particulares* en la corte de Murat de 863.

Forey les dispensaba su alta protección invitándolos á su mesa; en cuanto al ministro Saligny, aconsejó al jefe supremo que se curase la pesadumbre con *coñac*, que era el licor del olvido.

Almonte, que siempre era más decente que Saligny, no aceptó el consejo, á pesar de su angustia, que era dolorosísima.

Forey esperaba la llegada de *todo* el contingente de guerra; apenas tenía treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, demasiado poco para comenzar sus operaciones contra un ejército de menos de veinte mil hombres.

Entretanto, divertía su fastidio calavereando en Orizaba é inquiriendo hasta los menores detalles sobre el ejército mexi-